

El Presidente Ríos



EN la madrugada del 27 de junio último, falleció el Presidente de Chile, don Juan Antonio Ríos Morales. Hombre de recio temple ciudadano; hijo de sus propios méritos, chileno de la clase media, salido de Cañete, en pleno corazón de Arauco, el señor Ríos hizo una de las más felices y hermosas carreras dentro de lo que un país democrático puede otorgar a sus hijos. Funcionario judicial, apenas recibido de abogado, después Cónsul en Panamá, al regresar a Chile se dedicó de lleno a la política dentro del Partido Radical en donde militó desde su juventud, y entonces fué Diputado, Senador, Ministro de Estado y muchos otros cargos de gran representación de nuestro sistema administrativo.

Dentro de su partido fué adversario de don Pedro Aguirre Cerda cuando éste llegó a la Presidencia y al revés de otros candidatos que adornan con afables eufemismos sus apasionados anhelos de llegar al poder, el señor Ríos, dijo sencillamente: yo aspiro y anhelo ser Presidente de la República. Mi satisfac-

ción más grande de chileno será esa. Y lo consiguió. Con ánimo decidido y sinceridad de propósitos, en una contienda electoral que alcanzó vivo relieve y extraordinaria agitación, pues era un duelo de especial significación dentro del destino político de Chile, se decidió la contienda en favor de la candidatura del señor Ríos que fué apoyado por los partidos de izquierda, que ante llevaron a la primera magistratura al señor Aguirre Cerda.

Los tiempos en que le tocaba asumir el mando al señor Ríos eran excepcionalmente difíciles. La guerra mundial más sangrienta y enconada estaba sin decidirse. En los campos de Asia, de Africa y de Europa, millones de hombres sentíanse dispuestos a pulverizarse antes que resignar frente al enemigo, el ideal que estaban defendiendo. Porque en esta ocasión tenía caracteres especiales en el sentido ideológico. El mundo beligerante de 1914 estuvo peleando por ambiciones de prepotencia comercial. Y, ahora en esta ocasión, no solamente era la prepotencia en el mundo la que disputaban los beligerantes, sino que además la imposición de una doctrina. Los sistemas cesáreos del nazismo por un lado y por el otro la democracia que tenía a su máximo campeón al frente, el insigne ciudadano que llena con su nombre las páginas de la historia contemporánea: Franklin Déléano Roosevelt. Y apoyando a las democracias estaba también la milenaria Rusia de los Zares que ahora, respiraba bajo otra fuerte autoridad que era, sin embargo, más humana. El comunismo,

férreo sistema social que desea imponer su doctrina en el mundo, tiene que valerse en sus primeros tiempos de una autoridad que sobrepasa la libertad individual, pero que mira al hombre como un ser de carne y hueso al cual hay que darle lo que necesita para su subsistencia aunque se le restrinja un poco el libre desarrollo de sus ideas.

Los países pequeños, como Chile, que no estaban metidos en el conflicto y cuya vida comercial dependía en gran parte de las grandes potencias financieras e industriales, tenían que tomar una resolución definida y sin dilaciones. Y en esta ocasión fué cuando el señor Ríos demostró sus condiciones de estadista de gran visión, de piloto que sabe llevar con pulso firme la nave que se le ha entregado, en medio de aquella inmensa tempestad, que casi era el caos, y que azotaba a la humanidad entera.

Las decisiones del señor Ríos, en esa etapa fueron las que convenían al país y a su seguridad externa y a la tranquilidad de sus habitantes. Así su Gobierno pudo preocuparse de diversas obras de gran importancia para robustecer la vitalidad de la nación. Obras públicas, convenios comerciales con los países vecinos, impulsó a la educación del Estado y todo cuanto tendía a darle energía al país en cuanto se refiere a su cultura y progreso material, fueron la preocupación constante de este mandatario que en todo momento rigió estrictamente sus actos conforme a los preceptos de la Ley y de la Constitución.

Mas, la salud del eminente ciudadano estaba minada en forma que le fué imposible recuperarse, por más que los hombres de ciencia dedicaron a ello todo su afán y su experiencia. No obstante esta penosa circunstancia, el señor Ríos, guiado por impulso de amor a su país y un ansia de servirlo hasta el último grado de sus energías, lo llevó a realizar un viaje continental de acercamiento, de recíproca fraternidad americana que era tan necesaria en los momentos en que la humanidad estaba aún convalesciente de la espantosa enfermedad que la había consumido por espacio de seis años.

Los anhelos del señor Ríos se vieron coronados por el éxito en esta jornada que fué la última que pudo soportar su organismo ya herido por un mal que no pudo vencer. Poco tiempo después de regresar al país con la satisfacción de haber cumplido con un deber más, en su calidad de gobernante, se vió en la imprescindible necesidad de resignar el poder y retirarse a su casa de campo de Paidahue, donde pensó restablecerse para reanudar después sus tareas.

Desgraciadamente, su propósito no pudo cumplirse. Y cayó como un gran chileno, como el hombre que había luchado hasta vencer todas las dificultades, se fué tranquilo de saber que la muerte era lo único que el hombre no puede vencer. Allá en Paidahue, lugar al cual dió un nombre sacado de su tierra mapuche y que significa: descanso, sosiego; le dijo un día a un amigo: Soy un indio de Cañete y debo morir de pie.

Y murió con entereza, pensando en su tierra. Sus últimas palabras fueron para nombrar a su país. Chile, estuvo en sus labios en el momento en que el corazón cesó de latir y en que el aliento ya no daba aire a su sangre de hombre fuerte y apasionado en las batallas de la vida.

El señor Ríos tenía hondas y arraigadas vinculaciones con la ciudad de Concepción. Las aulas de su Liceo le vieron a diario en sus primeras inquietudes de niño y luego, cuando ya en la adolescencia era necesario determinar el rumbo que había de dar a su vida, ingresó al curso de Leyes que en ese tiempo existía en Concepción y del cual se hizo cargo la Universidad en el año 1929.

Un hecho interesante que conviene destacar en los momentos en que «Atenea» rinde homenaje a la memoria del Presidente fallecido, es que la Escuela de Derecho de la Universidad penquista cumplió en mayo del año pasado, ochenta años de existencia. Con este motivo se celebraron algunas festividades a las cuales asistió el Presidente Ríos, y en tal oportunidad la Facultad de Ciencias Jurídicas le confirió, junto con el Rector don Enrique Molina, el grado de Miembro Académico, distinción que el Presidente recibió con especial complacencia.

En ese aniversario, Concepción celebró con fiestas magníficas el aniversario de la Escuela de Derecho. A estas fiestas asistió el señor Ríos, departiendo con suma cordialidad, con los miembros del Consejo, con

el Rector, profesores y estudiantes. En su semblante y en su actitud veíase al hombre que, feliz de haber llegado al sitio máximo que un ciudadano puede aspirar en su país, recordaba con dulce efusión amical los bellos días de la adolescencia y de la juventud. Contó anécdotas, hizo bromas afables y, en suma, se identificó con el ambiente que le acogía en esos momentos con el afecto y el respeto que merecía el primer ciudadano de la República.

Un año ha pasado y ya su persona que amó la vida apasionadamente no es nada más que un recuerdo. Un recuerdo grande que importa una lección para todos los chilenos. Porque el señor Ríos dirigió su destino con la decisión de los hombres superiores que saben que en su propia voluntad está el secreto del triunfo.